

# Junto a Ernest Renan: una trayectoria latinoamericana

Por *Hernán G.H. TABOADA\**

*He pasado frente a San Sulpicio  
y he recordado a Ernesto Renan.*

*Arturo Ambrogi, 1925*

**H**OY POCOS NOS DETENDRÍAMOS a contemplar el seminario y a recordar al personaje como hiciera en ese entonces el escritor salvadoreño, pero es fácil constatar que el encuentro con Ernest Renan<sup>1</sup> (1823-1892) en la producción latinoamericana no es sino incidente cotidiano de quien recorra textos que alcancen hasta mediados del siglo XX. Esta presencia asume cantidad de formas: refutaciones furibundas al principio, luego en avalancha evocaciones, alusiones, citas, influencias y estudios innumerables. En general, salvo el rechazo inicial, el tono era elogioso y llegaba a ser apoteótico, como el del argentino Ricardo Sáenz Hayes, quien conocía bien el medio intelectual europeo y lo consideraba “excepcional figura de pensador”, “la inteligencia más poderosa de su siglo” y lo equiparaba a Platón.<sup>2</sup> En el mismo tono, el costarricense Mario Sancho mostraba su acuerdo en que era “el hombre más inteligente del siglo XIX”.<sup>3</sup> Distan de ser exaltaciones aisladas, y ello sorprende a quienes hoy llegan a hojear su obra, que contiene buenas páginas pero también abunda en ingenuidades, lugares comunes, divagaciones conservadoras y racistas. Ya ni el estilo, antaño tan alabado, nos cae muy bien y no creo que nadie lo valore como filósofo. Su nombre sólo es mencionado por los estudiosos del fenómeno nacional, al que dedicó unos escritos que fueron entonces marginales en el conjunto de su obra.

---

\* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <haroldo@unam.mx>.

<sup>1</sup> Una advertencia para lo que va del texto: entre nosotros, costumbre de entonces pero también otra señal de su popularidad, el nombre del autor se adaptó en la forma “Ernesto Renán”. He conservado esta grafía cuando la cita lo requiera.

<sup>2</sup> Ricardo Sáenz Hayes, “Renán”, en *id.*, *De Stendhal a Gourmont*, Buenos Aires, Babel, 1923, pp. 76-107, pp. 76, 84.

<sup>3</sup> Mario Sancho, “El aristocratismo de Renan” (1928), en *id.*, *Viajes y lecturas*, San José, Costa Rica, Imprenta y Fotograbado de La Tribuna, 1933, pp. 7-37, p. 21.

Podríamos pensar que a Renan le sucedió como a Herbert Spencer, a Paul Leroy-Beaulieu, a Gustave Le Bon, tan leídos, comentados y ensalzados entonces como olvidados y hasta despreciados ahora, pero algo más hay y seguir los rastros de la presencia renaniana entre nosotros permite entender diversos repliegues de la conciencia criolla. La tarea ya había sido aconsejada por Bernardo González Arrili en su biografía de Renan, de 1971, donde se hallaban reunidos, según declaraba, una amplia proporción de apuntes y hasta recuerdos personales y tradición oral, básicamente rioplatense, que había estado recogiendo durante años.<sup>4</sup> Tiempo después, Francisco Pérez Gutiérrez, quien investigó la presencia del polígrafo en España, vio la posibilidad de que alguien realizara una empresa análoga a la suya para América Latina, para la cual él sólo conocía el caso bastante obvio de José Enrique Rodó.<sup>5</sup>

Sin embargo, a la fecha, aunque no faltan estudios en relación con algunos países o autores, que iré citando, desconozco que alguien se haya aventurado por la senda así señalada. Me ofrezco aquí para avanzar un poco en ella, congregando yo también apuntes míos de distinta época y aprovechando los mentados estudios parciales que han estado apareciendo y permiten ahorrar considerable trabajo de búsqueda primaria. Seguramente faltarán muchas cosas y el panorama que ofrezco esté centrado excesivamente en el Río de la Plata, pero esto último se entiende porque así ya estaba la guía que ofrece González Arrili, por el tipo de material que pude consultar y también, casi seguro, porque fue ahí que la influencia de Renan se hizo sentir principalmente.

### *1. Renan el Anticristo*

LA mención más antigua que he encontrado en torno a Renan proviene de un extraño personaje que ha sido justamente olvidado: Enrique Disdier y Vázquez (1816-1864), de vieja familia cubana pero que residió en Ginebra largos años, riquísimo y autor de un grueso mamotreto y de varios opúsculos de tema filosófico y religioso, firmados como Henri Disdier. Escribiendo sobre los orígenes del monoteísmo citó Disdier a Renan en 1858. Otros le dedicaron luego menciones igualmente breves: una referencia en

<sup>4</sup> Bernardo González Arrili, *Renan* (1971), Buenos Aires, De Palma, 1984.

<sup>5</sup> Francisco Pérez Gutiérrez, *Renan en España: religión, ética y política*, Madrid, Taurus, 1988.

la prensa liberal mexicana, enfrentada a la invasión francesa, que denuncia el apartamiento de Renan de su cátedra como ejemplo de la intolerancia del país agresor. Hay también en un diario uruguayo unos artículos del francés Adolfo Vaillant, de tono anticlerical, que utilizan los argumentos de Renan sobre las diferencias entre el espíritu semita, teológico y conservador, y el indoeuropeo, científico y progresista. El primero estaría representado en Asia por el Islam, en Uruguay por la Iglesia católica.

Si bien en estos casos se tocaban temas religiosos, mucha polémica no suscitaron. Historia muy distinta comenzó cuando se colocaron en los estantes de las librerías parisinas los diez mil ejemplares de la primera edición de la *Vie de Jésus* de Ernest Renan, el miércoles 24 de junio de 1863. El libro negaba la divinidad de Jesucristo, al que ensalzaba como un extraordinario ser humano, y aplicaba a las fuentes bíblicas los métodos de la erudición alemana, pero traducidos a un lenguaje accesible al lector de cultura media y en un estilo melodramático muy del gusto de esos tiempos. En Europa el éxito fue enorme, con cantidad de ediciones sucesivas, traducciones, reseñas y comentarios. Marcó una época, condicionó durante un siglo lo que el público medio iba a pensar sobre Jesucristo, por lo menos en las regiones católicas, y tuvo defensores y críticos acérrimos.<sup>6</sup>

Los segundos, básicamente círculos eclesiásticos, elaboraron refutaciones y reescribieron biografías tradicionales de Jesucristo a la luz del libro enemigo. Alcanzaron a tener eco en nuestros países, donde la prensa católica reimprimió las opiniones ya divulgadas en Europa, lanzó excomuniones, repitió que la *Vida* era obra impía, reprodujo documentos, pastorales, noticias de la quema de ejemplares, explicó que ya la teoría de Renan había sido ampliamente refutada (aludía vagamente a “impugnadores”, “sabios”, “ciencia”, “congresos”) y que se había prohibido en toda Europa. Esto último

---

<sup>6</sup> Este apartado resume el artículo “Renan entre nosotros: de Anticristo a profeta”, *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (Universidad Nacional de Cuyo), vol. 32, núm. 2 (2015), pp. 37-58, donde se encontrarán consideraciones y citas más amplias, junto a referencias bibliográficas puntuales, que aquí faltan; sólo indico, por lo útil, los trabajos de Arturo Ardao, *Orígenes de la influencia de Renan en el Uruguay*, Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1955 (publicado también en Arturo Ardao, *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Montevideo, Universidad de la República, 1971, pp. 65-91); y de José Ortiz Monasterio, “Ernest Renan y su recepción en México en el siglo XIX”, en Lise Andries & Laura Suárez de la Torre, coords., *Impressions du Mexique et de France/Impresiones de México y de Francia*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2009, pp. 393-414.

no era cierto (tampoco lo primero), siendo a esa altura ya imposible en la Europa occidental semejante censura por motivos religiosos pero aquí sí se la ensayó; sin éxito.

Más allá de la prensa periódica, circularon refutaciones en forma de libro. En Argentina, el católico liberal José Manuel Estrada acusaba a Renan de falsa ciencia, de no saber hebreo; como el que no sabía era él, en vez de lanzarse a discutir personalmente sus ideas mandó traducir y publicar la refutación hecha en Francia por el obispo Charles-Émile Freppel (Buenos Aires, 1863, es decir el mismo año de la *Vida* de Renan y de su refutación episcopal en francés). Otros escribieron las suyas: el cubano Henri Disdier, que ya conocemos, le dedicó un opúsculo de treinta y cinco páginas, publicado en Suiza, en que profesa admirar su estilo pero no concuerda con sus ideas. En Venezuela, al anunciarse la llegada del libro impío, el arzobispado se preocupó por aquel “dulce veneno que ha venido de Francia” y contra él escribieron el versátil estudioso Juan Vicente González y el presbítero Amenodoro Urdaneta; el primero unos artículos muy generales, el segundo un libro de mediano tamaño. Le siguieron el hispano-peruano Pedro Gual y Pujadas, franciscano, y el argentino Juan Francisco Castro, presbítero. Sobre todos ellos destaca la obra del colombiano José Manuel Groot, furibundo en sus críticas y denuetos: lo llama “impudente”, “trapacero y malvado”, “Anticristo”, “imbécil”, “resucitador de viejas herejías”. “¿No se ve aquí la obra de los demonios?”, terminaba preguntando.

Estos escritos fueron olvidados posteriormente y sólo gracias a Internet se ha hecho hoy fácil el acceso a ellos. Viendo su aparato erudito nos queda claro que los refutadores criollos estaban copiando lo que se publicaba en Europa y citaban de segunda mano material que aquí no se conocía. Dado que los europeos no habían podido organizar una refutación convincente, menos se lograría en América Latina, donde a lo mucho se amontonaron todo tipo de argumentos heterogéneos. El interés actual que ofrece aquella obra polémica, con su tono sorprendido, dolorido o airado, es porque revela la dimensión del choque que supuso la *Vida* para la conciencia católica de entonces. En Europa fue Renan durante un largo periodo anatema para importantes sectores de la Iglesia católica, entró en el Índice de libros prohibidos y se lo denunciaba públicamente. Del lado americano tenemos abundantes testimonios del horror que causaba su nombre, visto como el del mismo Diablo.

Frente a ello, los círculos liberales tomaron la obra por su cuenta y hubo traducciones y ediciones locales: la que apareció en Mon-

tevideo el mismo año 1863, al cuidado de Vaillant, fue la primera en castellano; hubo rápidamente otra del chileno Francisco Bilbao, asentado en Buenos Aires, y otras más, incluyendo una portuguesa de 1864 y distribuida en Brasil. Los diarios reprodujeron capítulos y a la difusión contribuyeron las editoriales populares españolas como Sempere y Maucci y las ediciones en francés, lengua que muchos leían. Después de la *Vida*, aprovechando su éxito, circularon los sucesivos volúmenes de Renan sobre los orígenes del cristianismo (*Los apóstoles*, *San Pablo*, *Marco Aurelio*), sobre la historia del pueblo hebreo y sus pequeños ensayos sobre temas variados.

A pesar de esta cuantía, liberales y librepensadores fueron cautos en la mención de Renan. En Buenos Aires, el mismo Domingo Faustino Sarmiento, que tendré ocasión de mencionar como favorable a Renan y que entonces como inspector de escuelas dejaba a los docentes elegir sus propios textos, para las clases de religión obligaba a usar la *Vida de Jesús* de Henri Alexandre Wallon, una de las biografías tradicionales escritas como respuesta a Renan. En México, se vio que la prensa liberal contraria a la invasión francesa había condenado la expulsión de Renan de su cátedra, un acto de oscurantismo clerical, pero en las décadas posteriores tuvo cuidado de no ser asociada a Renan, que resultaba demasiado extremista y heterodoxo para las opiniones prevalecientes.<sup>7</sup>

## 2. Renan orientalista

CON los años el horror fue disminuyendo en Francia, el catolicismo ilustrado fue aceptando a Renan, hubo sacerdotes que asistieron a sus clases y que recogieron resultados de su exégesis. Un adversario debía admitir que

todo lo que un francés de inteligencia y cultura media sabe hoy de los asuntos del antiguo Oriente, todo lo que conoce de la historia de las “religiones comparadas”, todo lo que intuye de los problemas de la exégesis bíblica, el interés mismo de curiosidad que vuelca, todo eso, directa o indirectamente, proviene de Renan.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> “Comer carne de cura es indigesto”, decía Julio A. Roca, presidente argentino no por nada apodado “el Zorro”.

<sup>8</sup> Ferdinand Brunetière, *Cinq lettres sur Ernest Renan*, 2ª ed., París, Librairie Académique Perrin et Cie, 1904, p. 86.

En España por el contrario la contraposición se prolongó durante décadas: los liberales tuvieron a Renan como fuente casi exclusiva para ciertos asuntos, los católicos lo siguieron escarneciendo con saña rudimentaria.

La evolución en América Latina siguió más bien a la de Francia. Oficialmente, la Iglesia continuó su hostilidad: cuando en 1888 Rufino José Cuervo solicitó al papa permiso para leer a autores prohibidos se le concedió, excepto “Operibus E. Renan, G. Sand, M. Reghellini” y otros.<sup>9</sup> Sin embargo también los católicos criollos fueron cediendo, minimizaron las proposiciones que habían causado escándalo: entre ellos el uruguayo Juan Carlos Gómez, que proponía dejar a los teólogos la cuestión de la divinidad de Jesucristo, y él se mostraba más empeñado en corregir la falta de perspectiva histórica que veía en Renan.<sup>10</sup> Poco antes que muriera, en la mesa de estudio del político colombiano Rafael Núñez (1825-1894), figura principal de los gobiernos conservadores de la Regeneración, sólo se veía la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, el *Azul* de Rubén Darío y la *Vida de Jesús*.<sup>11</sup>

Ejemplos se siguieron esgrimiendo de quien se apartó del catolicismo por la lectura de sus tesis —sabemos del brasileño Joaquim Nabuco o del político argentino Lisandro de la Torre— pero éstas también difundieron una imagen romántica de Jesucristo: “Los mismos que niegan su divinidad, hay momentos en que casi la confiesan, reconociendo que es demasiado grande para ser un simple mortal”, revelaba Miguel Antonio Caro, que sin embargo condenaba a Renan como “uno de los jefes más odiosos de la cruzada anticatólica”.<sup>12</sup> Entre los que casi confesaban estaba José Asunción Silva, admirador de “las obras de Renán y de Strauss, en que éstos, con su análisis de concienzudos exégetas, muestran al Cristo al través de los textos interpretados con rígido criterio,

---

<sup>9</sup> *Epistolario de Rufino José Cuervo con varios corresponsales no incluidos en los epistolarios publicados*, ed., pres. y notas de Gloria María Ibarra Mesa, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2005, p. 394.

<sup>10</sup> Juan Carlos Gómez, “La vida de Jesús”, en *id.*, *Escritos*, Montevideo, Biblioteca de la Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay, 1952, pp. 31-37.

<sup>11</sup> Eduardo Posada Carbó, “Rafael Núñez: sus últimos días; centenario de la muerte del Regenerador”, *Credencial Historia* (Banco de la República de Colombia), núm. 57 (septiembre de 1994), en DE: <<http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-57/rafael-nunez-sus-ultimos-dias>>.

<sup>12</sup> Miguel Antonio Caro, “Estudio sobre el utilitarismo” (1869), en *id.*, *Obras*, estudio preliminar por Carlos Valderrama Andrade, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1962, tomo 1, pp. 92-93.

no como al Hombre Dios, encarnado para purgar los pecados del mundo, sino como la más alta expresión de la bondad humana”.<sup>13</sup>

Elevando así a Jesucristo, resultaba Renan “el más vacilante de sus enemigos”, como definía el católico colombiano Marco Fidel Suárez.<sup>14</sup> Su correligionario el ecuatoriano Juan Montalvo llamaba a traducir del francés obras serias, “si herejes declarados, a Renán, Peyrat” pero no

esos libritos, esas novelitas, esos santitos, esas estampitas de que están atesadas las librerías de Madrid y Barcelona, todo traducidito de los autorcitos más chiquitos del Parisito del día o de la noche, ¡oh! estas chilindrinas son la vergüenza de la España moderna, la vergüenza de la América hispana.<sup>15</sup>

Junto a las vergüenzas circulaban en las librerías de nuestra región peligros mayores, esos críticos más feroces que consideraban a Jesucristo un loco furioso o un precursor del socialismo radical, que negaban su existencia o que aseguraban que los Evangelios eran una adaptación de los Vedas. “Aunque no es el antagonista más formidable del cristianismo, es probablemente el más conocido y notable”, asentaba en México *El Faro*.<sup>16</sup>

Sobre todo, Renan había logrado popularizar una serie de temas muy arcanos. Si lo hizo en Francia, con más razón en nuestras repúblicas. Ya se habló de la pionera publicación de la *Vida* hecha por Bilbao, pensador radical muy interesado en la figura de Jesucristo. Su traducción deja que desear en términos editoriales, gramaticales y eruditos: permanecen en su forma afrancesada muchos nombres bíblicos y clásicos, prescinde de una sección de Renan dedicada al Talmud por considerarla inútil, y ante la falta de tipos de imprenta no transcribió las palabras griegas del original, como ya había ocurrido en la edición uruguaya de Vaillant. Muestra sin embargo algún conocimiento de la bibliografía (Strauss, Quinet) y antepone a *Los apóstoles* un estudio suyo en que mezcla el elogio con críticas, defiende a Lamennais, con quien se había carteadado y al que Renan

<sup>13</sup> José Asunción Silva, *De sobremesa* (1895), en *Obra completa*, pról. Eduardo Camacho Guizado, ed., notas y cronología Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 126.

<sup>14</sup> Marco Fidel Suárez, “Jesucristo” (1913), en *Obras*, edición preparada por Jorge Ortega Torres, prólogo de Fernando Antonio Martínez, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1958, tomo 1, pp. 1125-1203.

<sup>15</sup> Juan Montalvo, “El buscapié”, prólogo a *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes: ensayo de imitación de un libro inimitable* (1895), Caracas, El perro y la rana, 2010, cap. 12, p. 102.

<sup>16</sup> *El Faro* (México), 1-i-1889, p. 1.

consideraba loco, y sobre todo presenta el tema para su auditorio particular: “el sr. Renan ha hecho bien escribiendo para pueblos avanzados, pero para nosotros en América es necesario el examen directo del problema”.<sup>17</sup> A esta edición de la *Vida* hizo seguir Bilbao otra de *Los apóstoles* y, traducido por su correligionario Luis Ricardo Fors, inmigrante español, el *San Pablo*. Antecediendo a esta última, Fors afirmó, y la crítica está hoy de acuerdo, que se trata de “el mejor libro de Ernesto Renan, infinitamente superior a *Los apóstoles* y superior también a la *Vida de Jesús*”.<sup>18</sup>

Fue también Renan la base de cantidad de tratamientos sobre la religión, los judíos, el imperio romano o el islam. Numerosos artículos suyos, que posteriormente se recogerían en libros, llegaban en las publicaciones periódicas francesas que acá se leían —*Revue des Deux Mondes*, *Journal des Débats*. Nuestros talentos estaban deslumbrados, ¿quién otro citaba palabras hebreas, siríacas y árabes a vuelapluma? Todo ello era moneda común en la erudición alemana, de circulación más escasa en los países latinos y muy parca en esta América. Pese a las críticas, su tratamiento de Jesucristo inspiró a cada vez más inteligencias, posiblemente porque estuviera en consonancia con ciertas modalidades del pensamiento criollo, ese catolicismo barroco<sup>19</sup> o ese positivismo instintivo y lato. El ejemplo de dos admiradores e imitadores resulta revelador.

Ya se mencionó, creo que en pocos temas puede evitarse, a Domingo Faustino Sarmiento. Éste había entre traducido y compuesto en 1844 una *Vida de Jesús* para uso escolar durante su exilio chileno. La veo enteramente tradicional, faltando incluso las anotaciones eruditas de otro tipo de obras piadosas: habla del ángel, de la tentación de Satanás, de milagros, de la transfiguración y la resurrección.<sup>20</sup> Recientemente fue publicada por una editorial

---

<sup>17</sup> *La Vida de Jesús*, por Ernesto Renan, traducida por Francisco Bilbao de la segunda edición francesa de 1863, Buenos Aires, Imprenta de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, 1863.

<sup>18</sup> *Los apóstoles* por Ernesto Renan, traducción hecha por Manuel Bilbao, Buenos Aires, Imprenta de Buenos Aires, 1866; *San Pablo*, por Ernesto Renan, traducido por Luis Ricardo Fors, del Ateneo de Madrid, acompañado de un mapa de los viajes de san Pablo por Enrique Kiepert, Buenos Aires, Imprenta, Litografía y Fundición de Tipos, 1869.

<sup>19</sup> Se refiere Vamireh Chacon a un catolicismo brasileño más estéticamente barroco que apostólicamente tridentino, “Machado de Assis e Renan”, *Revista Brasileira de Filosofia* (São Paulo, Instituto Brasileiro de Filosofia), 20:78 (1970), pp. 147-156, p. 147.

<sup>20</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Vida de N. S. Jesucristo, con una relación sucinta de la Palestina*, traducida por Domingo F. Sarmiento, adoptada por la Universidad de Chile para uso de las escuelas primarias, nueva edición, notablemente corregida, Valparaíso i Santiago, Librerías del Mercurio de Orestes L. Tornero, 1877; la primera edición es de 1844 y se nos

católica. A pesar de todo ello, pretendió que había coincidido con Renan (y hay panegiristas suyos que siguen insistiendo en ello), aunque aclaraba que “ni Renan plagió a Sarmiento ni éste a Renan”.<sup>21</sup> Para entonces ya había pasado por la presidencia argentina y también mencionaba que ambos habían tenido un antecesor en Julián Segundo de Agüero, en cuyos escritos de vejez “sin los profundos estudios de M. Renan, llegó a las mismas conclusiones”.<sup>22</sup> Fue precisamente Sarmiento el que incitó a Luis María Gonnnet a que tradujera los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* de Renan, y él los comentó en la prensa, ofreciendo ahí interesantes notas, muy a su estilo, sobre la recepción americana de sus libros.<sup>23</sup>

En Brasil uno de sus admiradores fue más que presidente, el emperador Pedro II. Se lo presentó Arthur de Gobineau, embajador francés en Río de Janeiro, que también presumía de orientalista. Aunque Renan nunca viajó a América —sólo tenía una prima que vivía en Brasil, Annais Le Pentier— visitó al emperador durante las estadías de éste en París y mantuvo con él correspondencia. Ambos compartían el gusto por las lenguas semíticas, habiendo Pedro II emprendido el estudio del hebreo, el árabe y el siriaco y llegado a publicar algo después de su derrocamiento. Fue seguidor de las ideas de Renan, a riesgo de chocar con la Iglesia brasileña, las cuales quizás influyeron en su política de separación Iglesia-Estado, y otorgó a Renan la Orden de la Rosa, contra la oposición de muchos, mientras Renan le dedicó sus *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* (1883) y se ha dicho que modeló la figura de su Marco Aurelio sobre la del soberano ilustrado y tolerante que debía gobernar sobre un pueblo que no lo era.<sup>24</sup> Recordaba José Asunción

---

informa que es traducción de una serie de historias sacadas de la Biblia compuesta por el alemán Schmid, que a su vez había sido traducido al francés.

<sup>21</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “La Pompeya americana” (1883), en *Obras completas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Matanza, 2001, tomo 48, p. 181.

<sup>22</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “Las manifestaciones” (1883), en *Obras completas* [n. 21], p. 249; al parecer, Agüero simplemente adoptó la interpretación iluminista y evhemerista que hacía de Jesucristo un gran filósofo.

<sup>23</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “Recuerdos de infancia y de juventud, traducido expresamente para *El Censor* por Luis María Gonnnet” (1886), en *Obras completas* [n. 21], tomo 46, pp. 255-260; González Arrili, *Renan* [n. 4], p. 212.

<sup>24</sup> Lidia Besouchet, “Renan y el emperador Pedro II: la ‘cuestión religiosa’ en el Brasil”, *Revista de Cultura Brasileña* (Embajada de Brasil en España), núm. 50 (1979), pp. 3-22; Jean-Yves Mérian, “L’influence d’Ernest Renan dans le débat entre Église et État dans le Brésil du XIX<sup>e</sup> siècle”, en Jean Balcou, Georges Provost e Yvon Tranvouez, dirs., *Le Bretons et la separation*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006, pp. 383-394.

Silva al emperador “desposeído del trono, que lee a Renán en las tardes de meditación”.<sup>25</sup>

Otros, sin cargos tan empinados, retomaban sus temas, sus descripciones, las de Palestina o las de Jesús, en evocaciones o poemas. No caía bien a algunos ultramontanos ese Cristo humanizado, por más que se lo ensalzara,<sup>26</sup> pero pululaba la referencia, especialmente cuando la ocasión era brindada en bandeja, cuando los latinoamericanos empezaron a visitar Tierra Santa y muchos escribieron relatos de tal viaje, siendo entonces una de las guías indispensables precisamente Renan, y, cuando no lo copiaban lisa y llanamente, adaptaban, a sabiendas o no, su estilo, calificativos y juicios en las descripciones de Jerusalén, Galilea, muchachas en la fuente, Magdalena acicalándose o beduinos en caravana. Véanse los relatos del mexicano Luis Malanco, del chileno Francisco Herboso o del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo por esas tierras; y sin necesidad de hacer suposiciones sobre las fuentes porque la cita de Renan no falta en ellos. Las mismas artes plásticas acusan su influencia: se la ha visto en el cuadro *El bautismo de Cristo* (1899) de Ricardo Acevedo Bernal, artista colombiano que trabajaba durante el gobierno fuertemente clerical de la Regeneración.

Estaba Renan igualmente detrás de las páginas que el colombiano Tomás Cipriano de Mosquera escribió sobre temas teológicos, cosmogónicos y religiosos, para la cual le fue útil la obra que desde París le mandó su compatriota Rafael Núñez, en ese entonces anticlerical.<sup>27</sup> Inspiración también de la obra de Alexis Peyret, un emigrado francés del 48, quien redactó en Argentina una *Historia de las religiones* (1886), probablemente la primera escrita entre nosotros; siempre desde Argentina, divulgaron sus ideas sobre el origen del cristianismo ya fuera José Ingenieros en su teoría sociológica,<sup>28</sup> ya Joaquín V. González en sus *Meditaciones evangélicas* (1903). Y miles más, que se adornaban con la erudición ajena: Tobías Barreto (que algo conocía el tema de primera mano) criticaba en 1873 a los jóvenes pretenciosos que tras leer unas páginas de Renan se

<sup>25</sup> Silva, *De sobremesa* [n. 13], p. 147.

<sup>26</sup> Véase Miguel Antonio Caro, “El despotismo y la ignorancia” (1888), en *Obras*, estudio preliminar por Carlos Valderrama Andrade, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1962, tomo 1, p. 1308.

<sup>27</sup> Nicolás del Castillo Mathieu, “Rafael Núñez a través de sus cartas desde Nueva York y Europa”, *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo* (Bogotá), tomo 42, núm. 3 (1987), pp. 674-736, esp. 698-699, 716.

<sup>28</sup> González Arrili, *Renan* [n. 4], pp. 82-83.

creían preparados para dictar conferencias en el Casino sobre los historiadores críticos de Jesús.<sup>29</sup>

El tratamiento que hizo Renan en el *Marco Aurelio* de los movimientos religiosos en la Antigüedad tardía suministró datos e ideas a Euclides da Cunha para explicar el movimiento mesiánico de Canudos en *Os sertões* (1902).<sup>30</sup> El socialismo tenía detrás la autoridad de los mismos Marx y Engels y de otros teóricos como Karl Kautsky y Georges Sorel para elevar a Renan a la categoría de fuente privilegiada. Cuando los inmigrantes árabes latinoamericanos empezaron a escribir sobre sus países, sobre los árabes, el islam o los semitas, la cita de Renan fue canónica.<sup>31</sup>

Los más se limitaron a leer sus páginas pero también hubo quien escuchó sus lecciones. Algunos de paso y como curiosidad, ya veremos ejemplos, otros más metódicamente: sabemos que lo hizo el chileno Gonzalo Bulnes Pinto, quien viajó a Europa en 1871.<sup>32</sup> El que más utilizó sus ideas fue el peruano Manuel González Prada (1848-1918), quien asistió a las clases de Renan durante el periodo 1891-1892 y recordaba ese primer día en que “pasó a mi lado con la unción y el recogimiento de un sacerdote” y las incidencias a lo largo de un curso en que pudo notar el peruano, a diferencia de otros que salieron encandilados, que “no brillaba como profesor y revelaba más bien su deficiencia oratoria”. A veces se hallaron solos en el salón de clase, donde Renan le permitía quedarse pero no le dirigía la palabra: “al saber mi nacionalidad, me habría compadecido como a

<sup>29</sup> Referencia en Mérian, “L’influence d’Ernest Renan” [n. 24].

<sup>30</sup> “Releyendo las páginas memorables en las que Renan hace resurgir, galvanizados por su bello estilo, a los desvariados jefes de las sectas de los primeros siglos, se advierte el renacimiento integral de aquellas aberraciones muertas”, Euclides da Cunha, *Los sertones*, pról. y cron. Walnice Nogueira Galvao, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, pp. 111-112, cf. p. 126n., 136 y este pasaje (pp. 99-100), que con razón su editor considera influido por Renan: “En efecto, los montanistas de Frigia, los adamitas infames, los ofióltras, los maniqueos bifrontes entre el ideal cristiano emergente y el budismo antiguo, los discípulos de Marcos, los encratitas abstinentes que se maceraban y flagelaban, todas las sectas en que se fraccionaba la religión naciente, con sus doctores histéricos y sus exégesis hiperbólicas, parecerían actualmente casos repugnantes de insania. Y fueron normales. Enganchaban bien en todas las tendencias de la época en que las extravagancias de Alexandre Abnotico impresionaban a la Roma de Marco Aurelio, con sus procesiones fantásticas, sus misterios y sus sacrificios tremendos de leones lanzados vivos al Danubio con solemnidades imponentes presididas por el emperador filósofo [...] La historia se repite”.

<sup>31</sup> Ya aparece en un folleto del colombiano Mansour Turbay sobre los maronitas (1907), y continúa hasta las disquisiciones del mexicano Héctor Azar, *Las tres primeras personas* (1977).

<sup>32</sup> Cristián Gazmuri R., *La historiografía chilena (1842-1970)*, tomo 1, Santiago, Taurus-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, p. 158.

un bárbaro de occidente o a un escita de América, digno de merecer los anatemas de su Plegaria sobre la Acrópolis”.<sup>33</sup> Posteriormente usó González Prada con abundancia los escritos de Renan (cita veinte libros suyos en su obra), cuyas enseñanzas estuvieron detrás de su pensamiento anticlerical y antitradicionalista y su búsqueda de un “Dios científico”. Escribió en varias ocasiones sobre él, alejado de la admiración incondicional de sus coterráneos, puesto que lo consideraba demasiado timorato, metafísico, influido por Hegel.<sup>34</sup>

### 3. *Chez Renan*

EN Uruguay registró Arturo Ardao dos etapas de influencia: “en la primera dominó el aspecto crítico y demoleedor de su labor histórica (el Renan orientalista), y en la segunda las inspiraciones idealistas de su obra estética y filosófica (el Renan helenista)”.<sup>35</sup> Creo que la observación puede extenderse al conjunto de nuestros países: a medida que las páginas de Renan sobre Jesucristo dejaban de ser escandalosas y a medida que recibían objeciones documentadas, eran otros aspectos de su pensamiento los que ocupaban la atención, básicamente sus concepciones sobre la política y la sociedad: “Nenhum pensador alcançou tanta repercussão no Brasil na segunda metade do século pasado, quanto Ernest Renan”,<sup>36</sup> y ya se vio que hasta nivel imperial.

Actitud geográficamente extendida, muy particularmente en el Plata: “Media vida puede darse por malgastada o perdida si uno se marcha de ella sin leer a Renan”, confiaba a Bernardo González Arrili en un café porteño Pedro B. Franco.<sup>37</sup> “Todo el mundo conoce el numeroso y valioso tesoro de sus libros, pero nadie

<sup>33</sup> Manuel González Prada, “Junto a Renan” (1903), en *Obras*, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez, Lima, Copé, 1985, tomo 1, vol. 2, pp. 376-382.

<sup>34</sup> Los escritos que específicamente dedicó González Prada al tema son: “Renan” (1893), en *Páginas libres: horas de lucha*, pról. y notas de Luis Alberto Sánchez, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. 121-134; “El entierro de Renan”, en *El tonel de Diógenes, seguido de Fragmentaria y Memoranda*, notas de Alfredo González-Prada, inicial de Luis Alberto Sánchez, México, Tezontle, 1945, pp. 81-84; “Renan”, en *Fragmentaria, ibid.*, p. 146 (una pequeña nota sobre su retrato); el ya citado “Junto a Renan” [n. 33]. Sobre sus ideas, me baso en Joël Delhom, “Aproximación a las fuentes de Prada sobre la cuestión religiosa”, en Isabelle Tausin, ed., *Manuel González Prada: escritor de dos mundos*, Actas del coloquio internacional, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos/Presses Universitaires de Bordeaux/Biblioteca Nacional del Perú (Col. *Actes et Mémoires de l'IFEA*, 8), 2006, pp. 57-68.

<sup>35</sup> Ardao, *Orígenes de la influencia de Renan en el Uruguay* [n. 6], p. 10.

<sup>36</sup> Chacon, “Machado de Assis e Renan” [n. 19], p. 147.

<sup>37</sup> González Arrili, *Renan* [n. 4], p. 147.

medianamente leído ignora la *Vida de Jesús* de 1863, que algunos califican de novela y otros la consideran como la más formidable reconstrucción de la vida pública del Nazareno”, comprobaba todavía en 1943 el venezolano Diego Carbonell, quien lo cita a menudo como teórico de la historia.<sup>38</sup>

No pensemos que sólo sucedía en las fachadas atlánticas más abiertas a las corrientes europeas, porque en la convulsionada Bolivia de 1860 la juventud, según un diario de entonces, no asistía a la Universidad sino que se reunía para “conversar de política, de la cuestión española, de México, de los Estados Unidos, de la obra de Renán”.<sup>39</sup> Nótese la posición en la lista de tópicos. En el aislado Paraguay dedicaba Manuel Domínguez un ensayo a sus ideas y estilo (1925), que revelaba amplia frecuentación.<sup>40</sup> Y en Perú, en Ecuador, en Centroamérica igual.

La prosa de Renan, que hoy por momentos nos parece declamatoria, era elogiada e imitada universalmente y el elemento literario fue al parecer el que más permeó en nuestros escritores.<sup>41</sup> No es necesario descender a un análisis comparativo de textos porque cada autor lo reconoce y confiesa, ni hay que buscar mucho para saber cómo lo valoraban, porque todos lo explayaban a la menor provocación: que su ironía, su suavidad, su gracia, su sutileza, su profundidad, su transparencia, su poder evocador, su tolerancia, su escepticismo. Claro que esos elogios ya venían también ellos empacados de Francia, pero acá los reelaboramos. “Hay una legión de escritores renanianos” comprobaba Francisco García Calderón en Francia y en América.<sup>42</sup>

Durante décadas no pudo faltar el nombre de Renan en ninguna lista de preferencias, personales o nacionales; sus *Obras completas* se leían en una suntuosa edición; se lo traducían, no siempre bien;<sup>43</sup> los

<sup>38</sup> Diego Carbonell, *Escuelas de historia en América*, Buenos Aires, Imprenta López, 1943, p. 31n. y *passim*.

<sup>39</sup> Diario *La Época*, citado por Alcides Arguedas, *Historia de Bolivia*, libro 1, cap. 6, en *Obras completas*, preparación, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez, Madrid/México/Buenos Aires, Aguilar, 1959, p. 925.

<sup>40</sup> Manuel Domínguez, “Renán, sus ideas y su estilo”, *Repertorio Americano* (Costa Rica), núm. 21 (2-II-1925), pp. 329-331 y núm. 22 (9-II-1925), pp. 350-352 (recoge una conferencia en la Universidad de La Plata, publicada primeramente en un diario asunceño).

<sup>41</sup> Para Argentina es lo que destaca Diego F. Pro, “Presencia de Taine y Renán en el pensamiento argentino”, *Cuyo. Anuario de Historia del Pensamiento Argentino* (Mendoza, Argentina, Universidad Nacional de Cuyo), vol. 9 (1973), pp. 235-253.

<sup>42</sup> Francisco García Calderón, “Renán juzgado por Brunetière”, en *Hombres e ideas de nuestro tiempo*, prólogo de Émile Boutroux, Valencia, F. Sempere y Cia., 1907, p. 68.

<sup>43</sup> “Así dizque traducían a Lamartine, a Victor Hugo, a Renan, a Taine”, resultado de lo cual algunos letrados bogotanos juzgaban candorosamente a través de esas lecturas a “Renan

mínimos libros de él o sobre él siguen figurando en los catálogos de nuestras bibliotecas, a veces como parte de donaciones particulares. Se lo saqueó para la confección de epígrafes, se usaron sus frases ingeniosas (era como el Walter Benjamin de la época), inspiró títulos de obras, fue personaje de una obra de teatro, hasta de poemas<sup>44</sup> y de muchas notas críticas que revelan amplio conocimiento de su obra y que hasta parecerían traducciones de artículos parisinos, sin ningún rastro de color local. Citando al mulato brasileño Machado de Assis, “os renanistas da nossa terra são como todos os devotos de um espírito eminente, não lhe amam os livros e atos públicos, mas tudo o que a ele se refere, seja gozo íntimo ou tristeza particular”.<sup>45</sup>

Ya casi llegaba a transfigurarse el bretón en su famoso biografiado galileo:

Durante mucho tiempo también, y aun hasta estos últimos años, lo he visto engolfarse en la lectura de Renán y ensoñar con él y vivir en su comunidad espiritual, como en una especie de éxtasis; y cuando tornaba de uno de estos viajes “ideales”, luminosas las pupilas de visiones extraordinarias, hinchado el corazón de misteriosas fragancias, era para hablarnos con un cariño suave de *su* Renán.

Creemos fácilmente esto que dice de Rodó su amigo Víctor Pérez Petit cuando el mismo retratado confesaba “mis dioses son Renan, Taine, Guyau”, en carta a Unamuno (la gracia que le haría a éste).<sup>46</sup>

Su retrato o su busto adornaba escritorios, como el de Paul Groussac, para inspirar, junto con Taine, su comprensión de la historia; o el de Manuel Gutiérrez Nájera: “me lo imaginaba gallardo,

---

escasamente equivalente al doctor Ledesma”, Laureano García Ortiz, “Las viejas librerías de Bogotá en 1883”, en *Discursos académicos*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1932, pp. 21-39, p. 38.

<sup>44</sup> La obra de teatro fue *Pallida mors*, del ya mencionado panegirista Ricardo Sáenz Hayes; de poesía, está el soneto “Ernesto Renan”, de Miguel Antonio Caro, de 1865 según Hugo Leonardo Pabón Pérez, *Miguel Antonio Caro: Bibliografía*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2003, tomo 2, p. 135, que supongo será mejor que los malísimos versos que componen el “Ernesto Renán” de Miguel Ángel Fernández Córdova, *Cerebro y corazón*, Guayaquil, Imprenta Mercantil de Monteverde y Velarde, 1919, p. 156.

<sup>45</sup> Joaquim Machado de Assis, “Henriqueta Renan” (1896), en *Crítica literária de Machado de Assis*, Río de Janeiro, W. M. Jackson, 1938; véase sobre el tema Chacon, “Machado de Assis e Renan” [n. 19] y Virgílio Corrêa Filho, “Machado de Assis e Renan” (1939), en *Machado de Assis em Mato Grosso*, pesquisa, organização e introdução de Yasmin Jamil Nadaf, Río de Janeiro, Lidador, 2006, pp. 96-102, p. 100.

<sup>46</sup> Carta del 12-x-1900, en José Enrique Rodó, *Obras completas*, editadas, con introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal, 2ª ed., Madrid, Aguilar, 1967, p. 1379. Me hace acordar de aquello de que “los argentinos somos politeístas, adoramos a Maradona y al otro”.

esbelto como Lamartine, y vedlo: grueso, mofletudo, con aspecto de canónigo a la hora de vísperas”,<sup>47</sup> discordancia entre imagen y realidad que ya se verá fue frecuente. Hubo calles con su nombre,<sup>48</sup> que también la onomástica latinoamericana adoptó,<sup>49</sup> se crearon neologismos como *renaniano* (también yo lo uso) y *renanizar*. Junto a su estilo etcétera se elogiaba su bondad, aunque algunos testimonios insisten en recalcar el rasgo que el mismo Renan deja bien claro en sus apuntes biográficos: que fue básicamente un egoísta. Igualmente se encomiaba la pobreza en que vivió, que tampoco me parece haber sido excesiva. Se extendía la alabanza a su hijo Ary Renan (del cual tradujo un poema Justo Sierra en 1896),<sup>50</sup> a su nieto Ernest Psichari y sobre todo a su desdichada hermana Henriette, de la cual Renan se sirvió durante años como secretaria, y que murió en Siria durante la expedición ampliamente financiada que fue la base de la escritura de la *Vida*; Renan le dedicó páginas llorosas pero ahí la dejó enterrada a pesar de los deseos de ella que sus restos descansaran en Bretaña; sobre Henriette digo (cuyo nombre también fue traducido) hubo líneas y hasta capítulos latinoamericanos.<sup>51</sup>

Además de leerlo, a Renan le mandábamos nuestras producciones intelectuales, lo visitábamos. Aún después de su muerte los metecos latinoamericanos en París señalaban la casa donde había vivido, el seminario de San Sulpicio donde había estudiado (ya vimos el recuerdo de Ambrogio) o el Colegio de Francia donde había enseñado, o llegaban al museo que en su casa bretona se había erigido. Tiene Manuel González Prada líneas reveladoras: “algunos viajeros sudamericanos, particularmente los aficionados a escribir, adolecen de una manía: visitar a los hombres célebres”; Renan “fi-

<sup>47</sup> Ramón J. Cárcano, “Paul Groussac”, *Nosotros* (Buenos Aires), tomo 65, núm. 242 (1929), pp. 22-25; El Duque Job, necrología de Renan en *El Partido Liberal* (México), 6-x-1882, p. 1.

<sup>48</sup> En São Paulo, la Rua Ernest Renan, en Buenos Aires una corta callecita en Flores, que recordaba González Arrili, y otras en Santa Fe y Rosario, también en Argentina; la *Guía Roji* precisa que en la Ciudad de México la calle Renan se ubica en la colonia Anzures, una después de Heródoto.

<sup>49</sup> Mientras escribía estas páginas leía los nombres del historiador colombiano Renán Silva o del político brasileño Renan Calheiros. Y otro detalle, que parece haber sido hecho a propósito: en el estudio de Ardao sobre la influencia de Renan en Uruguay aparece, frente a la portada, el nombre de un entonces secretario de Estado, el profesor Renan Rodríguez.

<sup>50</sup> Justo Sierra, *Obras completas*, tomo 1. *Poesías y estudio general sobre Justo Sierra de Agustín Yáñez*, México, UNAM, 1948, pp. 462-463.

<sup>51</sup> Machado de Assis, “Henriqueta Renan” [n. 45]; Rafael Alberto Arrieta, “Enriqueta Renán”, en *Las hermanas tutelares*, Buenos Aires, Babel, 1923, pp. 91-121.

guraba entre las curiosidades parisienses, y asistir siquiera una vez a sus lecciones o a sus conferencias entraba de número inevitable en tal programa de viajero”; no pecaba de inaccesible ni agreste, y a veces recibía “a un filólogo de Chumbivilcas o a un repórter del *Petit Journal*”.<sup>52</sup>

Los visitantes corrían a contar la experiencia. Rememoraba Ernesto Quesada:

Cierto robusto anciano, de grueso vientre, cara lampiña, frente anchísima, mirada de águila, y el cual parecía, al verle caminar, algún clérigo sin sotana [...] Recuerdo haberle oído explicar lenguas hebrea, caldea y asiria: no entendía yo nada del asunto, pero le oía exponer con tal sencillez [...] que miraba con ojos de envidia a los pocos iniciados que tomaban presurosos sus apuntes [...] descifraba algunas inscripciones fenicias.<sup>53</sup>

Otro curioso fue Miguel Cané, que concurrió a la entrega del Premio Monthyon, destinado a recompensar la virtud, donde hablaría Renan; trayendo a la memoria sus lecturas, pensaba que debía tener “algo del aspecto satánico de Dante cruzando solitario y sombrío las calles de Rávena”, pero vio en cambio “miembros voluminosos, repletos, un tronco obeso y prosaico, un vientre enorme, pantagruélico [...] y la risa rabelaisiana, franca, sonora, que sacudía todo el cuerpo, con una triple papada, la mirada viva y maliciosa, los ademanes sueltos y cómodos”. Habló con humor, con ingenio, suscitando impresiones que Cané transmitió en sus escritos.

Nótese cómo la expectativa, y la relativa sorpresa, habían cambiado cuando el acriollado francés Paul Groussac también asistió a una clase de Renan en el Colegio de Francia: “me imagino al ilustre sabio bajo un aspecto imponente y majestuoso [...] aparece [...] un viejito rechoncho con un librote bajo el corto brazo izquierdo”, su clase es erudita y amena. Impresión distinta, se recordará, había transmitido Manuel González Prada, que fue a todo un curso, no a una conferencia. Para mí que Groussac, que era un pedante, déspota y prepotente en Argentina, llegado a París, donde nadie le hacía caso, se transmutaba en el provinciano que tiene que limitarse a contemplar y se muestra incapaz de crítica. Nótese también en relación con Cané que la sorpresa responde a preconcepciones distintas: uno espera ver a un personaje infernal, el otro a un sabio,

<sup>52</sup> González Prada, “Junto a Renan” [n. 33].

<sup>53</sup> Ernesto Quesada, *La Facultad de Derecho de París: estado actual de su enseñanza*, Buenos Aires, Coni, 1906, p. 207n.

ambos ven a un gordo algo ridículo.<sup>54</sup> En cambio Quesada había contemplado a un robusto anciano de mirada de águila y Gutiérrez Nájera a un canónigo en hora de vísperas.

Seguro el filólogo de Chumbivilcas le llevaba, junto al tributo de admiración, sus trabajos. Otros le escribían cartas. Confesaba Renan ser mal corresponsal, pero a algunos hay constancia que contestó. Se pedía su patronazgo. El caso más sonado fue el de una supuesta inscripción fenicia hallada en Brasil en 1872, cuyo texto envió su descubridor (o falsificador), Ladislau Netto, a Renan y a otros semitistas. En la respuesta el sabio se inclinaba a creer en una falsificación, que es lo más probable.<sup>55</sup> Que se lo buscara como semitista es comprensible, pero también peregrinó hacia Renan el historiador Adolfo Saldías, para mostrarle una gramática y un diccionario de la lengua pampa, obra del exiliado dictador Juan Manuel de Rosas: “los retuvo en su poder algunos días, al cabo de los cuales me manifestó una opinión en extremo favorable para dichos trabajos. Llegó a prometerme una introducción para publicarlos; pero desgraciadamente falleció en esos meses, dejando en las ciencias y en las letras francesas un vacío profundo”.<sup>56</sup> A nosotros dejándonos la duda de si realmente prometió algo. Sobre todo se le enviaba la producción latinoamericana por excelencia: los poemas. Hay un episodio ligado al brasileño Joaquim Nabuco (1849-1910) que nos pinta de cuerpo entero a los dos personajes.

Nos confiesa Nabuco que estaba “bajo la influencia de Strauss, Renan, Navet y formaba también yo, con los fragmentos de todos ellos, mi leyenda personal de Jesús”. Escribió a Renan sobre una obra de Dumas y recibió respuesta, luego lo visitó, saliendo fascinado y, dado que el muchacho poetizaba, se atrevió a enviarle un libro de versos que había escrito en francés, *Amour et Dieu*. ¡Otra vez Renan le contestó!: “Vos excellents vers... vous êtes vraiment poète. Vous avez l’harmonie, le sentiment profond, la facilité pleine de grâce”. “¿No es verdad que para un joven brasileño que escribía por primera vez en francés, una carta así debía ser una sensación para marcar época en su vida?”. Claro que después cayó bajo sus ojos

<sup>54</sup> Miguel Cané, *En viaje (1881-1882)*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, pp. 56-58; Paul Groussac, *El viaje intelectual: impresiones de naturaleza y arte (segunda serie)*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1920, pp. 60-69.

<sup>55</sup> Sobre el tema véase Hernán G.H. Taboada, “La Estela de Paraíba: paradojas y paralelos”, *Amerística* (México), núm. 7 (2001), pp. 131-136; ahí se citan los principales documentos y bibliografía secundaria.

<sup>56</sup> *Papeles de Rosas*, publicados con introducción y notas de Adolfo Saldías, La Plata, Talleres Gráficos Sesé y Larrañaga, 1904, vol. 1, pp. xvii-xviii.

aquel pasaje de los *Recuerdos de infancia y juventud* donde Renan confesaba ciertas mentiras que decía por juego o por educación: “Un poeta, por ejemplo, nos presenta sus versos. Es necesario decir que son admirables, porque sin eso sería decir que ellos no tienen valor y hacer una injuria mortal a un hombre que tuvo la intención de hacernos una atención”. Hasta se preguntaba Nabuco si tales líneas no estarían escritas bajo un vago recuerdo de su libro.<sup>57</sup> Y más reflexiones le habría sugerido aquella otra confesión que dijo haber escuchado Maurice Barrès, según la cual Renan, inundada su casa por los volúmenes que le regalaban, llamó en su auxilio a un librero que hizo limpieza, y para que el sabio no se molestara en recortar las dedicatorias, encargó de ello a un empleado.<sup>58</sup>

Un día murió también Renan, el 2 de octubre de 1892. En el entierro multitudinario estuvo González Prada,<sup>59</sup> y probablemente otros latinoamericanos. La noticia fue difundida por nuestra prensa (entonces bastante escasa de información puntual y más dedicada al comentario y al anuncio): “Ha fallecido Ernesto Renan. Los funerales tendrán lugar mañana y serán imponentes”. “Muerte de Jean Ernest Renan, su última voluntad es que no haya ceremonia religiosa, autor de la *Historia de los hijos de Israel*”. “La literatura francesa está de duelo: acaba de fallecer uno de los más celebrados escritores y filósofos de este siglo”.<sup>60</sup> Aunque conservador, Miguel Antonio Caro, a cargo del gobierno colombiano, decretó una conmemoración pública, lo que le fue reprochado por los más conservadores aun; José Asunción Silva sufrió: “el día en que supe la muerte del viejo fue para mí un día de melancolía suprema”.<sup>61</sup> Las necrologías de discursos académicos o revistas literarias fueron más elaboradas:

Renan ha muerto, hase extinguido con él una inteligencia serena y radiosa que, con suave claridad, alumbraba las mayores alturas de la crítica histórica, filosófica y literaria de nuestro tiempo [...] el tono de su literatura crítica era de una majestad olímpica llevada con una sencillez ejemplar; algo que trae a la memoria aquellos reyes que eran pastores de pueblos, como los

<sup>57</sup> Joaquim Nabuco, *Mi formación* (1900), prólogo y notas Francisco Iglesias, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2000 (Col. *La expresión americana*, 22), pp. 62-68.

<sup>58</sup> Maurice Barrès, *Huit jours chez M. Renan*, París, A. Dupret, 1888, p. 28.

<sup>59</sup> González Prada, “El entierro de Renan” [n. 34].

<sup>60</sup> *La Nación* (Buenos Aires), 3-x-1892, p. 1; *La Prensa* (Buenos Aires), 4-x-1892, p. 4. Señala González Arrili que en días posteriores se siguió comentando la noticia pero no he encontrado nada en las colecciones; habría que ver más adelante. La tercera cita es de *El Partido Liberal* (México), 5-x-1882, p. 3.

<sup>61</sup> José Asunción Silva, carta a Rafael Uribe Uribe, Bogotá, 3-i-92, en *Obra completa*, ed. crítica de Héctor H. Orjuela, coord., Madrid etc., ALLCA XX, 1996, pp. 677-678.

llamaba el viejo Homero [...] un maestro que servía no sólo como oráculo, sino como dechado [...] artista supremo de la palabra escrita [...] anciano grave, sonriente, dulce, melancólico, conversando a media voz con los mártires, con los apóstoles y los sabios de otro tiempo.<sup>62</sup>

Etcétera. Como después los admiradores de Borges y de García Márquez, los de Renan, a propósito o sin darse cuenta, copiaban su estilo y hasta sus referencias.

#### 4. Renan el profeta conservador

LA evolución esbozada corresponde más o menos a la que tuvo la fortuna de Renan en Francia, pero había algo más entre nosotros; aunque muy en serio no nos tomaba, y sobre ello diré algo más adelante, a Renan podían hacérsele decir cosas que sonaban muy gratas a quienes trataban de mantener el orden criollo oligárquico cuando empezó a cernirse sobre éste la amenaza de las protestas plebeyas a comienzos del siglo xx. Las respuestas echaron mano del imaginario sobre Ariel y Calibán, de su teorización sobre la nación y de su concepción liberal conservadora del orden social.

Muy traído y llevado ha sido lo de Ariel y Calibán. Para exponer brevemente el tema, posiblemente ya las figuras creadas por Shakespeare en 1611 contenían algún mensaje social y político y alguna alusión colonial, pero su actualización para que sirvieran de símbolo de las tendencias de la sociedad moderna aparece en dos obras teatrales de Renan, *Caliban: suite de la Tempête. Drame philosophique* (1877, pub. 1878) y *L'Eau de jouvence* (1879): en ellas Ariel y Calibán sirven para contraponer el espíritu delicado de las élites cultas y el brutal de la plebe ignorante.

Ambos antecedentes eran conocidos entre nosotros; así da a entender Víctor Pérez Petit al relatar el diálogo habido cuando José Enrique Rodó le confió que pensaba escribir un libro llamado *Ariel*: “¿Shakespeare o Renán? —le interrogué— ‘No sé nada; usted verá, creo que le va a gustar mucho’”.<sup>63</sup> Aunque dejaba la pregunta abierta, parece que fue el francés la fuente más consultada por Rodó, como en general en el mundo francófono y en América Latina, a diferencia

---

<sup>62</sup> Estas palabras de 1892 pertenecen a Antonio Zambrana Vázquez, escritor cubano católico que vivió en Costa Rica y que las juzgó dignas de figurar en una antología de sus escritos, *La poesía de la historia* (1907), recogida en Malleen Zambrana, *Los Zambrana*, La Habana, P. Fernández y Cía, 1952, tomo quinto, pp. 92-96; las reproduce Armando Vargas Araya, *El Doctor Zambrana*, San José, EUNED, 2006, pp. 189-193.

<sup>63</sup> Víctor Pérez Petit, *Rodó, su vida, su obra*, Montevideo, Claudio García, s.f., p. 162.

del mundo angloparlante, incluido el poscolonial y el posmoderno, donde el tema deriva básicamente de Shakespeare.

Por otro lado, Carlos Real de Azúa descubrió que las fuentes inmediatas de Rodó, un poco escondidas en su redacción final, fueron autores que escribían en Buenos Aires, entre los cuales Rubén Darío y Paul Groussac, quienes, poco después de la publicación de las obras teatrales de Renan, empezaron a considerar a Calibán como símbolo del materialismo estadounidense,<sup>64</sup> que es lo que difundió Rodó, aunque con una intención menos antiyanqui y con mucho mayor éxito, gracias al *Ariel* (1900). Se ha dicho que esta versión latinoamericana rescata la democracia, a diferencia de la aristocratizante de Renan, pero éste tampoco la rechazaba sistemáticamente y mantuvo frente a ella una actitud ambigua a lo largo de su vida, en la cual no dejó de presentarse a elecciones, en las que perdió. Y que Rodó fuera un referente del pensamiento democrático, tampoco.

Quiero decir que tanta diferencia no hay entre el uruguayo y su inspirador. Verdad que su arielismo fue retomado por los sectores más diversos ideológicamente, pero los más lúcidos terminaron riéndose de su modelo o dándole vuelta en la muy popular reelaboración hecha por Roberto Fernández Retamar, que hoy constituye la más aceptada variante de cierta alegorización de Ariel popular en el Tercer Mundo. Otro fue el camino del arielismo entre los sectores conservadores de América Latina, que oían una melodía muy grata que servía para justificar nuestro atraso material y social, a fin de cuentas secundario puesto que éramos herederos de la Hélade luminosa.<sup>65</sup>

En este marco general se inaugura una tercera y última faceta de Renan en autores latinoamericanos con sus ideas sobre la nación, hoy, ya lo dije, su aporte más citado. La historia comienza con la conferencia “¿Qué es una nación?”, que Renan dictó en La Sorbona el 11 de marzo de 1882 y vertió rápidamente a un folleto. Ese mismo año la comentó José Martí en un artículo para *La Opinión Nacional* de Caracas: “Renan dijo que era para montar en ira

<sup>64</sup> Carlos Real de Azúa, “*Ariel*, libro porteño”, en *id.*, *Historia visible e historia esotérica: personajes y claves del debate latinoamericano*, Montevideo, Arca, 1975, pp. 157-173.

<sup>65</sup> Mucho se ha escrito sobre Ariel y Calibán entre nosotros, generalmente son declamaciones reiterativas, pero una ojeada crítica es la que ofrecen Luis Alberto Sánchez, *Balance y liquidación del Novecientos: ¿tuvimos maestros en Nuestra América?*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1968; y Carlos Alberto Jáuregui, “Los monstruos del latinoamericanismo arielista: variaciones del apetito en la periferia (neo)colonial”, en DE: <[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/los-monstruos-del-latinoamericanismo-arielista-variaciones-del-apetito-en-la-periferia-neocolonial/html/1cbb2714-8b3b-407a-adb0-42b16db79e0a\\_13.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/los-monstruos-del-latinoamericanismo-arielista-variaciones-del-apetito-en-la-periferia-neocolonial/html/1cbb2714-8b3b-407a-adb0-42b16db79e0a_13.html)>.

o mover a risa la creencia de que los hombres han de ser guiados, como por guía suma, por lo que han dado en llamar espíritu de raza”.<sup>66</sup> No es muy seguro que Renan considerara para ira o para risa tales ideas, era que Martí estaba adaptando su texto, escogiendo partes que insertaba en un ideario que era básicamente igualitario y con ello se situó entre los primeros en utilizar en nuestros países aquellas ideas sobre la nación.

Tuvo Martí larga sucesión; hoy suele destacarse de aquel folleto la idea de una dimensión histórica de la nación, de un plebiscito cotidiano, de una memoria y de un olvido comunes; posiblemente la atención fuera entonces mayormente atraída por la visión idealista de la nación. Lo utilizaron el centroamericano Alberto Masferrer,<sup>67</sup> autores uruguayos<sup>68</sup> y brasileños.<sup>69</sup> Había una dificultad, que recordaba el paraguayo Manuel Domínguez, ya citado, cuando al glosar el sentido de nación de Renan, “autor que fue el encanto de mi juventud”, lo clasificaba entre “los filósofos de Europa enemigos de la democracia” y que si hubieran visitado América y conocido su medio social habrían ampliado sus ideas.<sup>70</sup> Este carácter antidemocrático para el cual tenía el paraguayo palabras tolerantes no parece haber sido una dificultad, al contrario, para otros autores, como el chileno Alberto Edwards, el boliviano Bautista Saavedra o el costarricense Mario Sancho, o antipopulares o irónicos aristocratizantes.

Fueron ellos quienes abrevaron sistemáticamente en Renan; hubo un núcleo de teorizadores peruanos en torno a la nación que privilegiaron su enfoque, ya que fue el único autor europeo que citaban, sin que apareciera ninguna de las opiniones contemporáneas de autores norteamericanos.<sup>71</sup> Pienso que, más que las vaguedades

---

<sup>66</sup> José Martí, “Francia” (1882), en *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1964, tomo 14.

<sup>67</sup> Marta Elena Casaús Arzú, “La creación de nuevos espacios públicos en Centroamérica a principios del siglo xx: la influencia de redes teosóficas en la opinión pública centroamericana”, *Universum* (Universidad de Talca), núm. 17 (2002), pp. 297-332, p. 314.

<sup>68</sup> Carlos Demasi, *La lucha por el pasado: historia y nación en Uruguay (1920-1930)*, Montevideo, Trilce, 2004, p. 12n.: este autor no encuentra citas pero sí paráfrasis de Renan.

<sup>69</sup> Así un investigador descubre “a emergência, correlata ao Renan-Jesus, de um Renan-Nação”, Thiago Augusto Modesto Rudi, “Ernest Renan ‘brésilien’: dos papéis que um historiador francês teve no Brasil”, *Dimensões. Revista de História da Ufes* (Espírito Santo, Brasil), vol. 37 (2016), pp. 194-213, p. 202.

<sup>70</sup> Manuel Domínguez, “Renán, sus ideas y su estilo”, *Repertorio Americano* (Costa Rica), núm. 21 (2-II-1925), pp. 329-331 y núm. 22 (9-II-1925), pp. 350-352.

<sup>71</sup> Małgorzata Nalewajko, “La imagen de la nación, nacionalismo, peruanidad en el Perú a cien años de su independencia”, *Estudios Latinoamericanos* (Varsovia), 10 (1985-1986), pp. 95-134.

del folleto de marras, lo que buscaban estos autores era lo que ya habían encontrado otros pensadores en Francia, lo cual sin titubeos sintetizaba alguien del mismo grupo peruano, Francisco García Calderón: “Cuando los teóricos del ‘nacionalismo integral’ buscan antecedentes a su doctrina política, no sólo acuden a De Maistre, o a De Bonald, o a Taine, sino a Renán, aristócrata, partidario de la tradición y del orden cristalizado”. Tras lo cual parece expresar cierta aprobación al aristocratismo e ideal de raza: “corregidos y renovados en sus formas, tales principios son del presente y quizás del porvenir [...] bello y generoso idealismo”.<sup>72</sup> No se oponía tampoco el peruano a la democracia política, pero sí lo hicieron muchos seguidores de ese nacionalismo integral francés expuesto por Charles Maurras, que tuvo seguidores en Nuestra América.

La crítica antirreligiosa había pasado a segundo lugar, y de Renan recordaba Ventura García Calderón, hermano de Francisco, aquello de que “Dios apoya siempre al pueblo que tiene mejor artillería”, mientras escribía en una carta: “Jesucristo sigue pareciéndome como a Renan [...] Yo consiento en arrodillarme ante el sublime Perdonador siempre y cuando no me quiten el revólver del cinto”.<sup>73</sup> Otro representante del grupo lamentaba que no habíamos sabido sacar “enseñanzas favorables a la autoridad y la represión social [...] pues Augusto Comte y Le Bon, Renan y Taine serán irreligiosos y agnósticos, pero su filosofía política, fruto al cabo de tan nutridos y eximios intelectuales, es la antítesis más completa y la más cruel sátira de la oclocracia y la callejera demagogia”.<sup>74</sup>

Si tan bien lo entendían era porque Renan estaba asegurando al público criollo lo que éste siempre, desde la Colonia, había considerado una verdad evidente e inconcusa, que hay élites destinadas a mandar y masas destinadas a obedecer. Léase a Leopoldo Lugones: “La historia, en coincidencia con casi todos los pensadores, desde Aristóteles hasta Renán, demuestra que los mejores gobiernos suelen ser las oligarquías inteligentes”.<sup>75</sup> Es decir yo y mi grupo. Las posiciones están claramente expuestas en un debate periodístico

<sup>72</sup> García Calderón, “Renán juzgado por Brunetière” [n. 42], pp. 76-77.

<sup>73</sup> Véanse las citas en Víctor Samuel Rivera Calderón, *Tradicionalistas y maurrasianos: José de la Riva-Agüero (1904-1919)*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2012, tesis de doctorado.

<sup>74</sup> José de la Riva Agüero, *Estudios de literatura universal*, prólogo de Aurelio Miró-Quesada Sosa, recopilación y notas de César Pacheco Vélez, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1963 (*Obras completas*, vol. 3), pp. 296-297.

<sup>75</sup> Leopoldo Lugones, *El Payador y antología de poesía y prosa*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 55.

entre el liberal conservador colombiano Manuel Santos y Laureano Vallenilla Lanz, el venezolano funcionario de Juan Vicente Gómez y autor de *Cesarismo democrático* (1919):

Renan hizo el férvido elogio del buen tirano. Según él, ninguna forma de gobierno sería superior a la de una democracia gobernada por un solo hombre. Por un hombre bueno y sabio, que sin congresos, sin ministros, sin trabas ningunas se dedicara a hacer la felicidad de su pueblo. Este elogio, es cierto, lo escribió Renan cuando evolucionó hacia el Imperio liberal, y fue el mismo, poco más o menos, que sirvió a Émile Ollivier y a Prévost-Paradol para abandonar a los republicanos y acercarse a las Tullerías. El César democrático de Vallenilla Lanz, es sin duda un remedo del buen tirano de Renan [...] ¡Cómo sonreiría Ernesto Renan si hoy se le dijera que un periodista caraqueño veía encarnado a ese ideal tirano en la figura vigorosa y dura del General Juan Vicente Gómez!<sup>76</sup>

Ampliamente versado en lecturas francesas estaba indudablemente el colombiano, y lo mismo puede decirse del mexicano Antonio Caso, que muy bien entendía la circunstancia de Renan cuando en 1861 había huido del sangriento conflicto en París y se había retirado a Versalles “separado de sus libros y sus trabajos” a repasar “sus ideas directrices sobre el mundo, la humanidad y la divinidad”, resolviendo al fin que “la sofocracia debe ser el norte de la evolución política, así como el imperio de la Humanidad ha sido el fin de la evolución orgánica”.<sup>77</sup> Algo muy parecido, huida, repaso y conclusiones, a lo que Caso y su grupo aspirante a sofocracia habían experimentado ante las hordas que la Revolución Mexicana arrojara sobre las élites porfirianas: en una carta a Alfonso Reyes (14-XII-1913), donde enumeraba las dificultades con la Revolución, mostraba extrañar el porfiriato, “‘a mil leguas de la política’ como dice Renan”, dedicado “a libres discusiones platónicas”.<sup>78</sup>

En rigor, Renan hablaba de aristocracias del espíritu, de razas superiores, y probablemente no consideraría a los hermanos García Calderón, a Vallenilla y a Caso parte de unas ni de otras. Verdad

<sup>76</sup> Eduardo Santos, “Cesarismo democrático” y “Sobre las teorías del señor Vallenilla Lanz”, dos artículos en *El Tiempo* (Bogotá), 1920, reproducidos, junto con las respuestas de Vallenilla, en “Debate sobre el cesarismo democrático”, *Revista de Economía Institucional* (Universidad Externado de Colombia), vol. 16, núm. 31 (2014), pp. 313-330.

<sup>77</sup> Antonio Caso, “Renan, el aristócrata intelectualista”, en *ibid.*, *Filósofos y moralistas franceses*, México, Stylo, 1943, pp. 97-112.

<sup>78</sup> Reproducida en *Plural* (México), núm. 10 (julio de 1972), p. 24; véase el contexto en Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1976, p. 58; el libro muestra la afición renaniana no sólo de José Vasconcelos, Antonio Caso y Manuel Gómez Morín, sino también de Vicente Lombardo Toledano.

que no le merecimos las expresiones que dedica a los negros, a los chinos o a los aborígenes australianos,<sup>79</sup> pero hay indicios que muy alto en su estimación no subíamos. En su estudio sobre los idiomas semíticos, donde deja bien claro que hay un abismo entre las razas semíticas e indoeuropeas y las razas inferiores de África, de Oceanía y del Nuevo Mundo, se refiere también a los amerindios y en nota apunta la “profunda degradación en que han caído ciertas familias europeas aisladas en el continente americano y en el sur de África”, salvando sin embargo que tal degradación no es tan grave ni es incurable como en las razas salvajes (leyéndolo a él podrían curarse, supongo).<sup>80</sup> Sus premoniciones pesimistas después de la guerra de 1870 iban en el sentido que Francia podía haber sido “una América de segundo orden”, mezquina, mediocre, “quizás más parecida a México o a América del Sur que a los Estados Unidos”.<sup>81</sup> En una discusión acerca de presuntos restos hebreos en América, expresó que los americanos eran todos mentirosos.<sup>82</sup> Ya cité pero merece repetirse lo que González Prada meditaba ante su silenciosa presencia: “me habría compadecido como a un bárbaro de occidente o a un escita de América, digno de merecer los anatemas de su Plegaria sobre la Acrópolis”. Tampoco quería mucho a Estados Unidos, pero por lo menos lo tomaba en serio.

En otros ámbitos hubo quien se levantó a responder a las ideas de Renan: lo hizo un par de musulimes cuando escribió de la falta de aptitud del islam para la ciencia, refutándolo Sayyid Jamal al-Din al-Afghani y Mehmet Namik Kemal en sendos alegatos. Reivindicación parecida por acá no veo: tuvo que salir a la palestra un sacerdote francés que había residido en Canadá para defender las lenguas de los indígenas americanos y sus culturas del ataque de

<sup>79</sup> Sobre el racismo de Renan ha escrito Djamel Kouloughli, “Ernest Renan: un anti-sémittisme savant”, *Histoire Epistémologie Langage* (SHESL/EDP Sciences), 29. 2 (2007), pp. 91-112, con lujo de citas. Hay un par que merecen reproducirse: “Les hommes ne sont pas égaux, les races ne sont pas égales. Le nègre, par exemple, est fait pour servir aux grandes choses voulues et conçues par le blanc. Il ne suit pas de là que cet abominable esclavage américain fût légitime” (Ernest Renan, *Dialogues et fragments philosophiques*, París, s.e., 1876, pp. xvi-xvii); “l’animal aussi a ses droits. Le sauvage de l’Australie a-t-il les droits de l’homme ou ceux de l’animal?”, *ibid.*, p. 97.

<sup>80</sup> Ernest Renan, *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*, 3ª ed., París, Imprimerie Impériale, 1863, pp. 495-496 y nota.

<sup>81</sup> Ernest Renan, *La reforma intelectual y moral*, Barcelona, Península, 1972, p. 35.

<sup>82</sup> Esto dice un peculiar expositor de tales teorías, que al no verlas aceptadas arremete contra la conjura de los académicos, unos judíos intrigantes entre los que incluye a Renan, véase Onffroy de Thoron, *Les phéniciens à l’île d’Haïti et sur le continent américain. Les vaisseaux d’Hiram et de Salomon au fleuve des Amazones (Ophir, Tarschich, Parvaïm)*, Lovaina, Imprimerie de Charles Peeters, 1889, p. 129.

quien nada sabía de ellas (Jean-André Cuoq, *Jugement erroné de M. Ernest Renan sur les langues sauvages*, Montreal, 1864). Muy embarazoso para los renanianos criollos es el desconocimiento general que rodea a la única defensa que surgió de América Latina, obra de los haitianos Louis-Joseph Janvier (*L'égalité des races*, 1883) y Antenor Firmin (*De l'égalité des races humaines*, 1885) contra lo que acabamos de leer que escribió Renan para decir que pese a todo no aprobaba la esclavitud de los negros. La paradoja fue que, a diferencia de estos autores haitianos, había personajes como el liberto brasileño Luiz Gama (1830-1882), autodidacto y abolicionista, que recomendaba a su hijo dos libros: la Biblia y la *Vida de Jesús* de Renan, que conocía a través de su traducción portuguesa.<sup>83</sup>

### 5. Olvido y revisionismo

PESE a todo lo anterior, siguiendo una regla ineluctable, también Renan pasaba de moda. “Leed a Renan, aquellos de vosotros que lo ignoráis todavía, y habréis de amarlo como yo”, exhortaba en el *Ariel* (1900) de Rodó el espiritual maestro Próspero a los devotos jóvenes que lo rodeaban, pero unos años después el que lo había hecho hablar de este modo sospechaba que la juventud americana leía a “cualquier poetillo de bulevar” pero pocos a Renan.<sup>84</sup> Otros diez años y Alfonso Reyes asentaba que “hablar del viejo maestro escéptico es, o un anacronismo o una malicia”.<sup>85</sup> En Bolivia “Anatole France opaca al Renán de nuestros abuelos”.<sup>86</sup> O peor si hemos de creer a Aníbal Ponce: “las jóvenes generaciones de ese instante [1914] miraban a Renan casi en enemigo”.<sup>87</sup> Y desde el mismo Uruguay de Rodó y Pérez Petit había quien preguntaba y sentenciaba: “¿Puede ser hoy Renán guía de las nuevas generaciones? ¿Puede nuestro tiempo hallar en el autor de ‘El porvenir de la ciencia’ el

<sup>83</sup> Ligia Fonseca Ferreira, “Luiz Gama: um abolicionista leitor de Renan”, *Estudos Avançados* (São Paulo), vol. 21, núm. 60 (2007), pp. 271-288.

<sup>84</sup> José Enrique Rodó, *Ariel* (1900), 4, y carta a Francisco García Calderón, I-VIII-1904, en *Obras completas* [n. 46], pp. 233 y 1436.

<sup>85</sup> Alfonso Reyes, “Un intérprete de Renan en 1914”, en *Obras completas*, México, FCE, 1956, vol. 3, pp. 113-114.

<sup>86</sup> Fernando Díez de Medina, *Literatura boliviana: introducción al estudio de las letras nacionales del tiempo mítico a la era contemporánea*, Madrid, Aguilar, 1959, p. 255.

<sup>87</sup> Aníbal Ponce, “Entre Lasserre y Renan” (1930), en *Obras completas*, revisadas y anotadas por Héctor P. Agosti, Buenos Aires, Cartago, 1974, tomo 4, pp. 300-303, p. 304.

sentido de los valores? No ciertamente: Renan —típico intelectualista del siglo XIX— es hoy un valor histórico”.<sup>88</sup>

Tampoco era su opinión tan respetada, y alguien que conocía más que los otros el ambiente parisino, Enrique Gómez Carrillo, se daba cuenta de que “sus ideas no son ni muy grandes ni muy nuevas pero están siempre envueltas en un manto de prosa tan perfecta que todo el mundo las acepta sin discutir las”.<sup>89</sup> “Refutar a este autor, cuando abusa de su superioridad intelectual sobre nosotros para desconcertarnos demasiado, es tarea bastante fácil”.<sup>90</sup> Hasta su adorador Nabuco debía asentar “não tem originalidade filosófica”<sup>91</sup> (a lo mejor cuando se dio cuenta de la verdadera razón del elogio a sus versos). No es para tanto, no se puede comparar con Descartes o Kant, dirimía Antonio Caso, quien de filosofía sabía más que Ricardo Sáenz Hayes, a quien hemos citado al principio cuando comparaba a Renan con Platón.<sup>92</sup>

Ocurría que la fama de su ciencia iba disminuyendo a medida que los latinoamericanos ampliábamos nuestros conocimientos y recogíamos las objeciones que en Europa se habían acumulado sobre las reconstrucciones históricas del bretón. Unas conferencias de Clemente Ricci, italiano discípulo de Cesare Cantú que desembarcó en Argentina, lo consideraban un divulgador —“como escritor es un funámbulo desconcertante”— cuyos libros habían sido superados y que “no estuvo a la altura, ni mucho menos, de un Ewald, de un Eichhorn, de un Baur, de un Reuss, de un Strauss”.<sup>93</sup> El chileno Armando Donoso, conservador, explicaba que sus doctrinas “han sido muchas veces rehechas y de sus libros se recordará con preferencia la elegancia de un estilo incomparable y la magia de evocaciones”; son, como comprueba Guignebert, “más una curiosidad interesante para la literatura que una fuente de afirmaciones para la ciencia”. Había aceptado la existencia de Jesucristo cuando aún no había aparecido “la exégesis demoledora de Diews, Bultmann, Bacón, Loisy, Kalthoff,

<sup>88</sup> Alberto Zum Felde, *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Montevideo, Claridad, 1941, p. 242.

<sup>89</sup> Enrique Gómez Carrillo, “Los siete maestros”, en *Literatura extranjera: estudios cosmopolitas*, prólogo de Jacinto Octavio Picón, París, Garnier, 1895, pp. 309-315, p. 310.

<sup>90</sup> Carlos Vaz Ferreira, “Leyendo a Renán”, en su artículo “Reacciones”, *Nosotros* (Buenos Aires), tomo 2, núm. 6-7 (1908), p. 165.

<sup>91</sup> Chacon, “Machado de Assis e Renan” [n. 19], p. 152.

<sup>92</sup> Caso, “Renan, el aristócrata intelectualista” [n. 77], pp. 99-100.

<sup>93</sup> Clemente Ricci, *Renan*, conferencia pronunciada en la inauguración del año académico 1923 en la Facultad de Filosofía y Letras (*La Reforma*, junio de 1923), Buenos Aires, Juan H. Kidd, 1923, pp. 7, 16, 18.

que va a descomponer en sus elementos iniciales la epopeya ingenua de los cuatro libros fundamentales del cristianismo”.<sup>94</sup>

Continuó Renan sobreviviendo en la escritura de quienes lo habían leído al comienzo de su carrera: en Alfonso Reyes, hasta en Jorge Luis Borges,<sup>95</sup> en ocasionales evocaciones. Sus libros seguían figurando en las bibliotecas y aún me los topo a cada momento en las librerías de viejo, pero ya en menor cantidad. “Hoy tan olvidado” escribía un artículo de 1955, y lo mismo traslucía la biografía de 1971 con la que empezamos.<sup>96</sup> Pero no sólo el olvido, también fue el ataque y la sorna: en la nueva reelaboración latinoamericana, las figuras de Ariel y Calibán mutaron su valencia y ahora el primero era fustigado mientras se rescataba al segundo, y al caer Ariel en el descrédito, arrastraba consigo la figura de Rodó, detrás del cual se descubría, también para denuesto, la de su inspirador Renan, del que se citaban las opiniones menos recomendables.

El que inició esta operación fue el argentino Aníbal Ponce (1898-1938), al principio liberal, y en esta etapa escribió un par de artículos de típico éxtasis renaniano,<sup>97</sup> para luego transitar hacia el marxismo, desde donde presentó una fecunda reflexión en su escrito “Ariel o la agonía de una obstinada ilusión” (1935), reevaluación de Calibán y rechazo de Ariel, con lo cual Ponce renegaba de muchas ideas que había sostenido.<sup>98</sup> Sin embargo, se ha notado que inclusive su actitud de época marxista seguía conservando la antigua ilusión renaniana de una élite intelectual que sepa llevar al pueblo hacia su nivel.<sup>99</sup> Sobre el punto hay una anécdota, repetida por varios comentaristas, que revela la profundidad psicológica donde arraigaba dicha idea:

---

<sup>94</sup> Armando Donoso, *Dostoievski, Renán, Pérez Galdós*, Madrid, Saturnino Calleja, 1925, pp. 131-189, pp. 132, 166.

<sup>95</sup> Paulette Patout, “Le rôle de Renan dans la pensée d’Alfonso Reyes”, en *Presencia de Alfonso Reyes: Homenaje en el X aniversario de su muerte (1959-1969)*, México, FCE, 1969, pp. 104-108; Lucas Martín Adur Nobile, ““El hombre más extraordinario que recuerda la historia”: Borges y la *Vida de Jesús* de Ernest Renan”, en Magdalena Cámpora y Javier Roberto González, eds., *Borges-Francia*, Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina, 2011, pp. 357-366.

<sup>96</sup> Oreste A. d’Aló, “La pobreza de Renan”, en *Algunos hombres, algunas ideas: Amiel, Renán, Becher, Ingenieros*, Santa Fe, Castellví, 1955, pp. 63-74, p. 65; González Arrili, *Renan* [n. 4].

<sup>97</sup> Aníbal Ponce, “Ernesto Renan y Francisco Bilbao” (1930) y el ya citado “Entre Lasserre y Renan” (1930), ambos en *Obras completas*, tomo 4, pp. 300-305.

<sup>98</sup> Aníbal Ponce, “Ariel o la agonía de una obstinada ilusión”, reproducido en *Humanismo y revolución*, selección y prólogo de Jaime Labastida, México, Siglo XXI, 1970, pp. 94-115.

<sup>99</sup> Jáuregui, “Los monstruos del latinoamericanismo arielista” [n. 65].

Una tarde lo fui a ver a su casa, a pedirle colaboración para *Rumbo*, una revista literario-política que yo dirigí en 1935. No alcanzó a enviarme nada porque la policía —la Sección Especial— asustó al editor y al tercer número desapareció la revista. Conversamos largamente. Al despedirme, vi un retrato de Renan: —¿Y eso? —le dije. ¿Qué quiere? —me respondió— No puedo deshacerme completamente de lo que amé tanto.<sup>100</sup>

Reivindicación de Calibán como representante del pueblo explotado y rechazo de Ariel, el intelectual vendido: esta intuición de Ponce fue saqueada por exégetas posteriores, Roberto Fernández Retamar el primero, que incluían una creciente dimensión tercermundista y de paso aprovechaban para denostar a Renan. Probablemente la mayoría lo conocía de nombre solamente, pero no es el caso de Alejo Carpentier, quien lo esboza en un pasaje donde se burla de él, de sus lectores criollos y a fin de cuentas de sí mismo, cuando muestra en sabio uso de Renan al dictador latinoamericano de la Belle Époque, frecuentador de los bulevares y los placeres prohibidos parisienses, mecenas de escritores franceses que lo desprecian a él y a su país y le recomiendan que lea a Gobineau, profeta de la latinidad y de los clásicos mientras gobierna su empobrecido país con mano dura. En la inauguración de un nuevo Capitolio de líneas helénicas, lee el dictador unas páginas de vuelo sublime en que recuerda la Grecia luminosa, lo cual es recibido con codazos de burla y risas subrepticias entre el personal diplomático: “cuando sonara aquello del *Arcajeta* [...] del *estilita* al *arquitrabe*, del *Erecteo* al *Hipias*, los codazos habían corrido, en serie”. Hasta que el dictador aclara que son palabras tomadas de la *Plegaria sobre la Acrópolis* de Renan, lo cual provoca aplausos de desconcierto “como de gente que se quiere hacer perdonar algo” y luego la “sorna arrabalera” con que el doctor Peralta, secretario del dictador, refriega al representante francés su ignorancia. En privado, dictador y secretario se complacen más tarde de la trampa y constatan que “esa prosa parecía escrita expresamente para la inauguración de nuestro Capitolio [...] y con oportunas amenazas para los cabrones de la oposición”.<sup>101</sup>

<sup>100</sup> Álvaro Yunque, *Aníbal Ponce o Los deberes de la inteligencia*, Buenos Aires, Futuro, 1958, p. 82; refiere la cita Héctor P. Agosti, *Aníbal Ponce: memoria y presencia*, Buenos Aires, Cartago, 1974, p. 13: “Álvaro Yunque lo ha pintado en una anécdota significativa, casi simbólica”.

<sup>101</sup> Alejo Carpentier, *El recurso del método*, México, Siglo XXI, 1974, cap. 11, pp. 171-174.

RESUMEN

El escritor francés Ernest Renan (1823-1892) tuvo mucha influencia en América Latina. Al principio por su interpretación de Jesucristo (1863), que polarizó la opinión debido a motivos religiosos; más tarde se apreció mucho su estilo y su erudición; hubo más adelante círculos conservadores que se inspiraron en sus ideas sobre la nación y el gobierno de las élites. Después fue perdiendo prestigio y ya a mediados del siglo xx era poco leído y empezó a recibir a ataques debido a sus posiciones elitistas y racistas.

*Palabras clave:* historia cultural, Iglesia católica, pensamiento conservador, nacionalismo, influencia francesa.

ABSTRACT

French writer Ernest Renan (1823-1892) had a profound influence on Latin America. In a beginning it was due to his interpretation of Jesus Christ (1863) which, for religious reasons, polarized opinions; afterwards, his style and his erudition were greatly appreciated, and later on, some conservative circles were inspired by his ideas on nation and the government of the elite. Finally his acceptance went through a decline and, by mid-20<sup>th</sup> century, his texts were scarcely read and he started being attacked because of his elitist and racist stances.

*Key words:* cultural history, Catholic Church, conservative thinking, Nationalism, French influence.